

EN su libro *Prolegómenos de l'histoire des religions*, el conocido escritor protestante y profesor que fué del Colegio de Francia, M. Albert Réville, decía: «Es al exceso de fanatismo religioso á lo que se debe la importancia extrema dada desde entonces á la cuestión de la verdad en todos los dominios... Cabe con razón preguntarse si el amor apasionado de lo verdadero en cada cosa, que es lo que ha hecho la ciencia moderna, habría sido posible, ó, por lo menos, se habría hecho tan común, si Europa no hubicra atravesado siglos de intolerancia. El hecho es que la antigüedad no conoció esta noble pasión sino en mucho menor grado que nosotros... Es la intolerancia ortodoxa de la Iglesia en la Edad Media la que ha impreso á la sociedad cristiana esta disposición á buscar á toda costa lo verdadero, de que el espíritu científico moderno no es sino la aplicación... ¿Cómo explicar de otro modo que la gran ciencia no se haya desenvuelto, no haya sido proseguida con constancia, sino en el seno de las sociedades cristianas?»

Aparte de esto que decía Réville, y en lo que hay, sin duda, no poco de razón y de justicia, cabe preguntarse si son el fanatismo y la intolerancia los que engendran el desenfrenado amor á la verdad, oportuna ó inoportuna, dulce ó amarga, constructiva ó destructiva — hay verdades, y acaso las más de ellas, que destruyen nuestras construcciones —, consoladora ó desoladora, ó si es el amor á la verdad el que engendra la intolerancia y el fanatismo. El amor á la verdad, la veracidad, la sinceridad, la *philaletheia* de los griegos, y no su *filosofía*, no el amor á la sabiduría. Que aunque á primera vista pudieran parecer lo mismo, no lo son. Hay filósofo, amante del saber, que de lo que gusta saber es de ficciones y embustes, y se asusta de la verdad. Aunque al saber, si de veras se sabe, se sepa que la ficción de que se gusta no es más que ficción. Porque saber una mentira, es saberla como tal mentira.

¿Pero es que son los fanáticos, los intolerantes, los intransigentes los que más víctimas inocentes han sacrificado á la injusticia? Es muy dudoso. Creemos que ha sido mucho más dañosa y más mortífera la pasión reconcentrada y fría de los llamados escépticos, gente rencorosa con sobrada frecuencia. No el amor desenfrenado á la verdad, á lo que se cree y se siente ser verdad, séalo ó no, sino el miedo y hasta el odio á ella, es el que ha hecho más víctimas.

¿Quién fué el mayor culpable de la muerte del Justo, de la crucifixión del Cristo? No tanto Judas Iscariote, el traidor, el cual era todo menos un fanático ó un intolerante, cuanto Poncio Pilato, modelo de desdeñosa tolerancia romana. Porque Pilato era un hombre profundamente tolerante; á Pilato no le importaba un bledo de todo aquel pleito de judíos. Pilato era

lo que llamaríamos hoy un vivo ó un fresco; uno que estaba de vuelta; uno á quien no se la daban con queso; un redomado conservador de su consulado, que despreciaba profundamente á la *chusma encanallada* que le pedía soltase á Barrabás, el homicida, y llevase al palo al Justo. Pero los que realmente condenaron al Justo fueron los pontífices y fariseos, las gentes de orden, que, juntándose en consejo, acordaron matar á aquel Hombre por antipatriota y

revoltoso (Juan, XI, 47-54), y el redomado político pagano — flor y espejo de políticos profesionales — que preguntaba al Cristo: «¿qué es verdad?» (Juan, XVIII, 38).

¿Qué es verdad? Esta pregunta pilatesca ha causado más víctimas que la más recia intolerancia de los más desenfrenados fanáticos. «Comprenderlo todo, es perdonarlo todo», dice un proverbio francés. Pero como el que cree comprenderlo todo, no comprende, en realidad, nada, resulta que eso que llama perdón, no lo es, en realidad. El dejar á los perros rabiosos que anden sin bozal por la calle, es atentar á la libertad de los pacíficos ó inocentes transeúntes. Y peor que á los perros rabiosos sin bozal, es poner mordaza al que dice las verdades. El perro rabioso no ladra ni aúlla, sino que muere en silencio.

«La verdad os hará libres», decía el Apóstol, y sólo la verdad liberta. La verdad es la suprema justicia. Con la verdad, nada más que con la verdad, bastaría para redimir á los pueblos. Claro está que el propósito de enmienda, la contrición, ó siquiera la atrición y la aceptación del castigo, serían muy de desear; pero, en último caso, bastaría con la confesión de culpa, si esta confesión fuera plena y acabada. Conque se supiese todo, absolutamente todo lo que pasa en la camarilla, habría ya bastante. Y aunque creemos más, y es que al hacerse pública la infamia tramada en secreto, los mismos que la tramaron la ven á otra luz y se enteran de lo que iban á hacer. Ningún malhechor se atreve á decirse en voz alta, ni aun á sí mismo, lo que maquina en silencio en el secreto de su corazón. ¡Y esto de malhechor...!

Cuando poco antes de ser prendido el Justo, sus apóstoles disputaban sobre cuál había de ser el mayor — algo así como si disputaran por la llamada *cuestión de confianza* —, el Cristo, acongojado al verles pelearse por lo que ellos creían ser el poder, les dijo con amarga ironía: «Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas, y á los que tienen autoridad les llaman bienhechores; pero vosotros no seáis así...» (Luc., XXII, 25). ¡Bienhechores!... ¡bienhechores!... «A los que tienen autoridad les llaman bienhechores...» ¿Es que él, el Cristo, no tenía autoridad? Sí, pero la que le daba el decir y hacer la verdad. Porque no basta decir la verdad; hay, además, que hacerla. Pues hay quien dice la verdad y hace la mentira.

«Es un fanático, es un energúmeno, es un obseso, es un contumaz, es un loco», suele decirse á las veces del que se dedica á gritar la verdad desgañitándose, en el desierto acaso, desde la cumbre de una colina que domina á un pedregal. Y la humilde hierba que crece entre los berruecos tiembla y se estremece al oír la verdad, que no oyen oídos de hombres. Y esa hierba crece y verdea, y sorbe lumbre de sol al oír el viento de

la verdad. Porque no hay verdad gritada en el desierto que caiga en el vacío.

«¡Hay verdades que no conviene á las veces decir!», dicen los del principio de autoridad, los bienhechores-bienhechores del mal —; los que se enseñorean de las gentes; los hombres de orden, del orden quees la ley con que se condena á los justos revoltosos que atentan contra el patriotismo farisaico y pontifical.

¡Dios nos dé fanáticos de la Verdad!

Miguel de Unamuno

ASAMBLEA DE CARTEROS

